

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

6

---



Atanasio

LA ENCARNACIÓN  
DEL VERBO

Introducción de Fernando Guerrero Martínez  
Traducción del griego de José C. Fernández Sahelices



Ciudad Nueva

2ª edición, 2ª impresión: septiembre 2015

© 1989, Editorial Ciudad Nueva  
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 978-84-89651-26-5  
Depósito Legal: M-24.981-1997

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

## INTRODUCCIÓN

### I. VIDA Y EPOCA DE ATANASIO

Atanasio de Alejandría, llamado también «el grande», es la gran figura de la Iglesia del siglo IV. Por su defensa de la fe de Nicea, en la divinidad del Verbo encarnado, se le ha llamado el «Padre de la ortodoxia» y la «columna de la Iglesia».

Su influencia en la historia de la teología y en la vida de la Iglesia fue decisiva. Constituye el honor más preclaro de la sede patriarcal de Alejandría.

Fue el tipo del verdadero «hombre de Iglesia», sin más intereses que los de Jesucristo y los de su plan de salvación sobre los hombres.

Su vida fue de una intrepidez y de una coherencia impresionantes, constituyendo un modelo de obispo fundamentalmente válido para todos los tiempos. Él supo realizar, como pocos, lo que un escritor moderno ha señalado como característica de los Padres de la Iglesia: «la caridad de la verdad»<sup>1</sup>.

Nació en el año 295, en la misma ciudad de Alejandría que iba a ser su sede episcopal. Allí recibió

1. Véase J. GUITTON, *Silencio sobre lo esencial*, Edicep, Valencia 1987, p. 14.

su formación, tanto literaria como filosófica. En su juventud parece ser que tuvo contactos con los monjes de la Tebaida (en Egipto) y con el gran monje Antonio<sup>2</sup>, del que se mostró profundamente admirador y amigo. Por su inmensa estima de la vida ascética de los monjes del desierto y por el apoyo y orientación que les prestó con su persona y su pluma, mereció ser llamado «heraldo y teólogo del monacato naciente».

En el año 319, a los 24 años, fue ordenado diácono por su obispo Alejandro a cuyo servicio se entregó. Le acompañó como secretario en el Concilio de Nicea (325)<sup>3</sup>.

Este concilio, convocado por el emperador Constantino, se reunió en Nicea, ciudad de Bitinia, próxima al mar Propóntido y Nicomedia, y, por supuesto, cercana a Bizancio, que empezaba a transformarse en la capital del Imperio, y que luego cambió su nombre por el de Constantinopla, en honor del emperador, el cual le dio su esplendor en el marco incomparable de un panorama maravilloso.

El gran tema del concilio fue la afirmación, frente a las sutilezas de la herejía arriana, de la divinidad

2. La *Vita Antonii* escrita por Atanasio es el documento más importante, a juicio de los especialistas, del monaquismo primitivo. Véase *Vida de Antonio*, Biblioteca de Patrística n. 27, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

3. El lugar que se había fijado inicialmente para celebrar el concilio era Ancira (hoy Ankara), pero luego se pensó que esta lejana ciudad era de difícil acceso y que su clima, por hallarse situada en las altas mesetas del Asia Menor, era demasiado crudo en primavera.

del Verbo encarnado, Jesucristo, que constituye el fundamento de la fe cristiana.

El «arrianismo» fue, como lo calificó el escritor francés Chateaubriand, el «gran asalto de la inteligencia» a la naciente fe de los cristianos.

Surgió en la misma ciudad en donde se había establecido la Escuela teológica más famosa de la antigüedad cristiana, en Alejandría de Egipto.

No existe acuerdo sobre la fecha exacta, en la fase anterior a Nicea, en la que se inició la disputa arriana.

Parece ser que hacia el año 323, el entonces obispo de Alejandría de nombre Alejandro, amonestó a un presbítero de su Iglesia, llamado Arrio (256-336)<sup>4</sup>. Éste fue discípulo, en Antioquía, de Luciano cuyas enseñanzas estaban influidas de «subordinacionismo»<sup>5</sup>.

4. Arrio ha sido descrito por un historiador moderno como teniendo en sí mismo «esa inexplicable mezcla de cualidades y defectos, fundidos en el crisol del orgullo, que siempre se encuentra en los grandes herejes... nada era insignificante en él: ni la inteligencia, ni el carácter, ni la violencia, ni la ambición...».

«Era ciertamente un sabio y estaba dotado para la dialéctica, como sólo podía estarlo un oriental imbuido de espíritu griego; decían que era virtuoso y duro para sí mismo, que se entregaba a penitencias y ascesis; y estaba aureolado de dignidad y santidad» (DANIEL ROPS, *Historia de la Iglesia de Cristo*, vol. II, *Los Apóstoles y los Mártires*, L. Caralt, Madrid, p. 305).

5. Se trata de una corriente herética que niega la igualdad de las tres divinas Personas, y subordina –de ahí su denominación– el Hijo y el Espíritu Santo al Padre, negando, por consecuencia, la divinidad de aquéllos.

Arrio se ordenó de sacerdote hacia el 310, siendo encargado el 313 de la Iglesia de Baucalis, en uno de los barrios de Alejandría, desde donde empezó a difundir sus opiniones teológicas, presentándolas como creencia de la Iglesia. Escribió poco y de sus obras sólo quedan fragmentos. Su doctrina podría resumirse en los siguientes puntos:

La Divinidad no solo es *increada*, sino ingénita (no engendrada).

Luego el Logos –el Hijo de Dios– no podrá ser verdadero Dios. Fue la primera de las creaturas de Dios y, como las demás, fue creado de la nada y no de la sustancia divina. Es un dios de segundo orden. Hubo un tiempo en que no existía. Se le llama Hijo de Dios, no en el sentido metafísico, sino en un sentido moral. Se le atribuye impropriamente el título de Dios, porque el único Dios verdadero le adoptó como hijo, en previsión de sus méritos, pero de ahí no resulta ninguna *participación real* en la Divinidad.

El Logos ocupa un *lugar intermedio* entre Dios y el universo. Dios le creó para que fuera instrumento de la creación. El Espíritu Santo es la primera criatura del Logos. El Logos se hizo carne en el sentido de que cumplió, en Jesucristo, la función del alma.

Esta doctrina, como se ha escrito, era un producto típico del «racionalismo teológico», y presentaba muchos puntos de contacto con las teorías neoplatónicas sobre seres intermediarios entre Dios y el mundo. No era completamente nueva; era la teoría del «subordinacionismo» llevada al extremo.

Atacaba directamente el núcleo esencial del cristianismo, ya que, si el Verbo no era Dios, Jesucristo, el Verbo hecho hombre, era incapaz de redimir al hombre privado de la amistad de Dios a consecuencia del pecado. No habría, por tanto, encarnación de Dios ni redención del hombre.

Alejandro, su obispo, a la vista de la contumacia de Arrio para abandonar sus errores, convocó un sínodo en Alejandría, con la presencia de todos los obispos de Egipto. El sínodo, casi por unanimidad —salvo dos o tres obispos—, excomulgó a Arrio y a sus partidarios.

Arrio, después de algunas semanas en que se resistió inútilmente, huyó de Egipto, tratando de organizar una contestación a escala más amplia. El tema llegó a dividir a la Iglesia oriental, entre obispos partidarios de Alejandro y obispos partidarios de Arrio.

Las disputas llegaron a tal punto que movieron al emperador Constantino a convocar un concilio, aconsejado por Osio, obispo de Córdoba<sup>6</sup>, y por otros obispos. Constantino intervino con la mejor voluntad de superar divisiones en el seno de la Iglesia, pero el simplismo de su psicología religiosa no llegó a comprender en su profundidad el alcance decisivo de la cuestión sometida a debate: *Si Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, es igual al Padre en su divinidad, y, por tanto, Dios como Él*. Era el punto clave de la nueva religión cristiana.

6. Una biografía breve pero bien documentada, es la de HILARIO YABEN, *Osio, obispo de Córdoba*, Labor, 1945.

La convocatoria fue realizada por el propio emperador, invitando a cada uno de los obispos mediante cartas personales llenas de respeto.

La sesión inaugural se celebró el 20 de mayo del 325. El número de obispos asistentes no se conoce exactamente: Eusebio de Cesarea habla de 250 padres, mientras Atanasio calcula unos 318, número que se ha admitido tradicionalmente. La mayor parte eran obispos orientales, varios de los cuales llevaban, en sus propios cuerpos, las señales de los sufrimientos soportados por confesar su fe.

El papa, que era entonces Silvestre (gobernó la Iglesia durante los años 314-337) envió al concilio, como delegados suyos, a los presbíteros Vito y Vicente, al no poder trasladarse a Nicea a causa de su edad avanzada. La presidencia la ocupó Osio, como lo demuestra el hecho de que figura en cabeza de los obispos firmantes de la Actas conciliares, acompañado de los delegados del papa.

Atanasio –como quedó indicado– acompañó como secretario a su obispo Alejandro y aunque por ser sólo diácono no pudo participar oficialmente, tuvo una influencia decisiva en la marcha y en las resoluciones conciliares.

Arrio estuvo presente en Nicea, y desde fuera del concilio, a través de un pequeño grupo de obispos que le apoyaban, trató de defender sus puntos de vista, utilizando un vocabulario intencionalmente equívoco para que cada uno pudiese interpretarlo según sus propias ideas, bajo una aparente aceptación formal.

Pero no le valieron sus estratagemas y fue condenado por el concilio. El nuevo «Símbolo» de la fe –el llamado, posteriormente, «nicenoconstantinopolitano»<sup>7</sup>– aprobado en el concilio, trató de formular el dogma católico sobre la divinidad del Verbo, sin posibles equívocos, ni dobles interpretaciones. Hubo dos expresiones definitivas, recogidas en el Símbolo al respecto: «de la sustancia del Padre» y «engendrado, no hecho, consustancial al Padre», que dejaron plenamente clarificada la fe de la Iglesia, en la divinidad de Jesucristo.

Algunos de los Padres más inteligentes del partido arriano trataron de introducir un cambio insignificante en apariencia; así, en vez del término *homoousios* («consustancial», de la «misma naturaleza»), insertar una iota, con lo que quedaría escrito *homoiousios* (de «sustancia semejante»); de este modo no resultaba explícitamente confesada la «divinidad» del Verbo, pues una cosa es ser «de la misma naturaleza» y otra ser «de naturaleza semejante», es decir *no diferente*.

7. A causa, sobre todo, de una precisión añadida en el I concilio de Constantinopla (381) –II ecuménico– sobre el Espíritu Santo, y otras afirmaciones sobre la Iglesia, el Bautismo, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna, introducidas en dicho concilio. Este Símbolo se introdujo en el uso litúrgico, en la Iglesia oriental, después de los concilios de Éfeso (431) –III ecuménico– y Calcedonia (451) –IV ecuménico–; y en la Iglesia de occidente, a finales del siglo VIII. Cf. *Enchiridion Symbolorum* de H. DENZINGER, 31ª Ed. alemana en su traducción al castellano, Barcelona 1955, Herder, nota 2ª, p. 31, n. 86.

Al afirmar los Padres del concilio que el Hijo es «consustancial» *al Padre*, querían dar a entender que *tenía la misma sustancia del Padre*, y no sólo *específicamente*, sino la misma *numéricamente*. Es decir que tenía la misma naturaleza divina.

Los arrianos comprendieron perfectamente el alcance de la expresión, que cerraba el paso a interpretaciones ambiguas y equívocas, y se negaron tenazmente a aceptarla, bajo diversos pretextos: sobre todo que se trataba de una palabra nueva, que no se empleó nunca en la Sagrada Escritura ni en la tradición de la Iglesia<sup>8</sup>.

Pero los Padres conciliares no se dejaron ofuscar por estos especiosos argumentos, que confundían el idéntico contenido doctrinal, expresado por diferentes palabras, y su expresión verbal que puede ser distinta. Así pues el término *homoousios* vino a convertirse en el santo y seña de la ortodoxia católica frente al arrianismo.

Algunos obispos se negaron a suscribir la fórmula de fe de Nicea, pero la mayor parte la suscribió, con lo que, de momento, pareció extinguida la herejía arriana<sup>9</sup>.

8. Cf. *Osio, obispo de Córdoba*, cit., pp. 68ss.; I. ORTIZ DE URBINA, «Nicea y Constantinopla» en *Historia de los Concilios Euménicos*, Tomo I, Vitoria 1969, pp. 54ss.

9. Parece ser que entre los que se resistieron estuvo Eusebio de Cesarea —el famoso historiador de la Iglesia primitiva—, pero que al fin cedió. Sólo dos obispos europeos: Thomas de Marmarica y Segundo de Ptolemais, en Cirenaica, se negaron a suscribir la fórmula de Nicea y fueron excomulgados, así como el propio Arrio, y desterrados por el emperador. Otros que de momento la suscribieron,

El concilio promulgó veinte cánones disciplinares, que junto con el Símbolo y los anatemas anejos, así como una carta sinodal a la Iglesia de Alejandría, son los únicos documentos que quedan del mismo<sup>10</sup>.

El 8 de junio del 328, Atanasio sucedió a su anciano obispo Alejandro, siendo designado por la *vox populi*: tenía sólo 33 años y fue obispo durante 45.

Su episcopado estuvo agobiado de dificultades, que pusieron a prueba la fortaleza de su espíritu indomable y la firmeza de su fe en la divinidad de Jesucristo.

Se coaligaron contra él los cismáticos «melecianos»<sup>11</sup> y los arrianos recalitrantes. En la corte del emperador, los partidarios de Eusebio de Nicomedia miraban con preocupación y antipatía la fuerza de la ortodoxia del obispo Atanasio.

Los primeros ataques se estrellaron contra la unanimidad del episcopado egipcio en torno a su patriarca y la adhesión del pueblo fiel de Alejandría.

Entonces dirigieron sus tiros contra un adversario más débil, Eustaquio de Antioquía, celoso de-

posteriormente se negaron a suscribir la condena a Arrio y retiraron sus firmas, tales como Eusebio de Nicomedia y Teognis, que fueron también condenados y desterrados.

10. Cf. el *Enchiridion* de DENZINGER, cit., pp. 23ss.

11. Este nombre viene del obispo Melecio de Lycópolis, jefe del episcopado egipcio enfrentado con Pedro de Alejandría por la cuestión de los «lapsi» —es decir, los cristianos apóstatas en tiempo de persecución—, por considerar que la actitud de éste frente a ellos era demasiado benigna. Tiene un fundamento semejante, en cierto sentido, que el cisma africano del «donatismo».

fensor de la fe de Nicea, a quien con falsas acusaciones lograron deponer de su sede.

Eusebio de Nicomedia, al ver robustecida su posición, trató de lograr el regreso de Arrio a Alejandría; pero sus gestiones con Atanasio fracasaron ante la negativa enérgica del patriarca. Entonces se dirigió al emperador Constantino, el cual se manifestó dispuesto a recibirle en audiencia. Arrio se mostró renuente, pero al fin accedió a la invitación epistolar del emperador y se presentó a él, sin entrar en la cuestión de fondo de la «consustancialidad». Constantino se dejó convencer fácilmente y exigió de Atanasio que recibiese a cuantos quisieran volver a la Iglesia. Pero éste se mantuvo firme frente a las exigencias del emperador, manifestando que su deber de obispo le impedía admitir a los herejes en la comunión con la Iglesia.

Pero sus adversarios no cejaron en sus intrigas. El concilio de Tiro, en el año 335, fue para Atanasio una emboscada al presentarse contra él diversos cargos, algunos de ellos infamantes, pero que no pudieron probarse.

A pesar de todo el concilio decidió la deposición de Atanasio, ordenando a todos los obispos, por medio de una carta circular, que rompiesen la comunión con el patriarca.

El recurso de éste ante el emperador fracasó por completo y fue desterrado a Tréveris, aunque Constantino no permitió que se nombrase un nuevo obispo de Alejandría.

Ése fue su primer destierro que duró desde el 11 de julio del año 335 al 22 de noviembre del 337.

Entretanto, Arrio había regresado a Alejandría; pero el emperador, al enterarse de los disturbios provocados con su llegada, le llamó a Constantinopla, dando orden al obispo de esta ciudad, Alejandro, que le admitiese en la comunión de la Iglesia. Pero no pudo realizarse porque Arrio murió repentinamente, cuando entraba en la ciudad.

En el año 337 falleció también el emperador Constantino.

A su muerte el Imperio –según sus deseos– quedó repartido entre sus hijos: a Constantino, las Galias; a Constante, Italia y el Ilírico; a Constancio, el Oriente.

Constancio era arriano decidido; pero no obstante, convinieron los tres hermanos en que volvieran a sus sedes los obispos desterrados. Así, Atanasio regresó del destierro, en el año 337.

Los arrianos, contando con el favor de Constancio, se empeñaron en recobrar las sedes de Constantinopla y de Alejandría: el obispo de Constantinopla, Pablo, fue depuesto en un sínodo celebrado el año 338, cuando apenas acababa de regresar del destierro. El emperador Constancio le volvió a desterrar a Mesopotamia. En su lugar fue nombrado Eusebio de Nicomedia; para deponer a Atanasio, apoyándose en el sínodo de Tiro (335), enviaron legados al papa Julio I y al emperador Constante. Pero Atanasio no se rindió: convocó un sínodo en Alejandría, en donde se renovaron las condenaciones contra los arrianos y envió a Roma las Actas, acompañadas de la información correspondiente. El papa, a la vista de estos informes, convocó un sínodo en Roma para